

Apuntes para una conversación rota

Política de Daniel Bensaid

Miguel Romero

(Las notas en los márgenes de sus últimos libros, los comentarios en las páginas en blanco finales, han quedado mudos, suspendidos en el aire, sin sentido. Preparaban, como otras veces, una conversación ya definitivamente rota. La correspondencia por correo no servía para estas cosas. Demasiado formal, demasiado fría. Conversar era un placer que permitía compartir, preguntar, matizar, comprobar cómo acuerdos y desacuerdos se movían –hacia el acuerdo normalmente–, dejar atravesar los temas “serios” por un recuerdo, una broma, unas risas,... ¿Para qué sirven ahora esos apuntes? Sólo, quizás, para contribuir al plan de trabajo militante que, entre líneas, Daniel Bensaid ha pasado como relevo a sus camaradas).

1. Los últimos libros políticos de Daniel Bensaid (“*Éloge de la politique profane*”^{1/1}, “*Penser, agir*”...) y algunos de sus artículos (“*Una violencia regulada estratégicamente*”, “*Potencias del comunismo*”...^{1/2}) parecen textos preparatorios, como el “campamento base” antes de afrontar la escalada de una montaña. Se nota en ellos cierta ansiedad por llegar a conclusiones, quizás porque la fundación del NPA creó nuevas exigencias, pero también posibilidades desconocidas para poner a prueba hipótesis e ideas.

Esos textos están organizados en torno a la crítica de estrategias alternativas al capitalismo o de impugnaciones de su posibilidad y su sentido, en un período que va desde el “eclipse estratégico” posmoderno de los años 80, hasta el retorno de la cuestión política a partir de mediados de los años 90; un retorno impulsado inicialmente por la subversión zapatista y el surgimiento del “movimiento antiglobalización”, y también por los debates en torno a las ideas de Negri y Hardt en “*Imperio*”.

A partir de esas críticas, las propuestas de Daniel van esbozando la estrategia revolucionaria de la “política profana” –es decir, buscar, ensayar, reelaborar, ajustar... los medios y objetivos para derrocar al capitalismo y construir una sociedad emancipada que aún no sabemos –cómo nombrar– que constituye el eje de su programa de investigación militante, inaugurado en 1977 por “*Le pari mélancolique*” [*El desafío melancólico*].

^{1/1} Hay edición en castellano. *Elogio de la política profana*, Ediciones Península, 2009.

^{1/2} Ambos han sido publicados respectivamente en los números 104 y 108 de *VIENTO SUR*.

“...aquí está el núcleo de la propuesta de Daniel: la incertidumbre es estratégica. Por eso, no tiene nada que ver con el eclecticismo, ni con la melancolía pasiva que se satisface con las preguntas sin respuestas”

A mi parecer, este programa se funda sobre dos criterios que son lecciones estratégicas del siglo XX y que invitan a una aventura militante original y arriesgada:

- el primero, la orientación de la política revolucionaria hacia la construcción de lo posible (“*La inquietud desvelada y activa de lo posible. Lo posible no como certeza, sino como tarea; no como promesa, sino como virtualidad*”, frente a “*la dictadura estúpida de los hechos*”. (2008-1, 41).

- el segundo, la incertidumbre sobre las decisiones y sus resultados como característica del compromiso y la acción militante. Una incertidumbre activa, apasionada (“*Esa pasión del descreimiento...*” o.c., 76), que no se vive como el lastre de las derrotas del pasado, sino como

un desafío y una conquista moral, como afirmación de la voluntad de luchar, reconociendo lo que no sabemos y la magnitud de los obstáculos y los riesgos (“*Un campo minado de incertidumbres y de dudas, en el que a menudo los fines y los medios están desajustados. Esa es su trágica dignidad*”. 2008-2, 346).

2. Pero, ¿se puede construir una organización revolucionaria sobre premisas tan inseguras y tan ambiciosas, cuando “lo posible” aparece tan lejos de la realidad cotidiana, cuando hay que consagrar las mayores energías simplemente a afirmar la resistencia frente a la resignación, cuando necesitamos toda “*la determinación y la voluntad políticas que exigen las catástrofes sociales y ecológicas que se anuncian*” (2008-1, p. 20)?

En muchos de sus textos, Daniel rechaza la pretensión de partir de cero, de la “página en blanco”, y utiliza la expresión de Deleuze³ de que siempre se vuelve a empezar por algún “punto intermedio”. Debe haber también algún punto intermedio en el que se anude lo posible y lo real, el “principio de incertidumbre” y algunas, si no certezas, al menos referencias y razones que permita tomar decisiones a medio plazo, evitando la política reactiva, apresurada, temerosa, que se detiene y gira ante el menor tropiezo.

³ En muchos de sus libros, y particularmente en *Elogio de la política profana*, Daniel dialoga y polemiza con autores que, de una manera muy general y con notabilísimas diferencias en sus puntos de vista y en la evolución de sus obras, pueden considerarse dentro de la filosofía política posmoderna, como Foucault, Guattari, Deleuze o Derrida. En un reseña publicada en el *VIENTO SUR* n° 110 Daniel Raventós considera “desatinado” el interés de Daniel Bensaid por esos autores. El juicio de mi amigo Daniel Raventós no me parece, en este caso, atinado. Frecuentemente, el método de elaboración de Daniel Bensaid se basaba en la polémica, incluso con autores de cuyas opiniones estaba muy alejado. Uno de los objetivos, bien logrados, de sus textos políticos durante los últimos años ha sido precisamente la crítica radical a la política inspirada por el posmodernismo, responsable ideológico del “eclipse estratégico” de los años 90.

En la situación actual europea de muy débil movilización social, ¿no habría que buscar y construir “posibles” muy cercanos a la realidad? Ciertamente, es necesario rechazar lo que desde los poderes establecidos (político, económico, mediático...) se nos quiere imponer como “viable”: ese es, efectivamente, “*el sentido prosaico de lo real*”. Pero, ¿no habría que evitar que “lo posible” se autonomice del “movimiento real”, se eleve tanto que empuje a esperar la llegada, o la invención, del “gran acontecimiento”, o se convierta en pura propaganda, literatura...?

“Lo posible” no está fuera de la acción militante: es una relación entre las brechas que se crean o pueden crearse en la situación real y las capacidades para utilizarlas: es lo que podemos hacer para crear inestabilidad en el sistema, hacerle daño, realimentar las luchas, articular movimientos sociales,... Está bien alimentar una cierta vigilia ante los signos de crisis profundas, de cambios bruscos en las relaciones de fuerzas... que probablemente llegarán. Pero lo que importa es la práctica concreta, aquí y ahora: la revolución nos cogerá, “*siempre muy pronto y muy tarde*” (2008-1, 75), siempre a destiempo.

3. El tsunami neoliberal ha producido su propia versión de la imagen del Manifiesto: “*Todo lo sólido se desvanece en el aire*”. Esta vez se han disuelto no las columnas de la vieja sociedad, sino las organizaciones, las culturas, los lugares de trabajo y de vida, las solidaridades del movimiento obrero. ¿También las “*herencias programáticas*” revolucionarias (2008-1, 189)? ¿También las hipótesis estratégicas? ¿También el pasado como patrimonio político, aunque la lealtad con los vencidos conserve toda su imprescindible fuerza moral?

No es fácil seguirle la pista a Daniel en el camino de la incertidumbre.

Veamos:

“*El pasado no alumbra ya el porvenir*” (1997, 11). De acuerdo. La discordancia entre pasado y futuro, no desvaloriza políticamente al pasado. En realidad, incluso en tiempos más previsibles que este oscuro comienzo de siglo, es muy dudoso que alguna vez las experiencias del pasado, incluso muy reelaboradas, hayan permitido prever el futuro: todas las lecturas y los debates sobre los soviets de los militantes del POUM en los años 30 sirvieron de poco, cuando no confundieron, para entender a los comités de la Catalunya revolucionaria de 1936.

En sentido político, la vinculación que hay que buscar del pasado es con el presente: el pasado puede ser necesario como un punto de partida para comprender problemas actuales. Por ejemplo, los textos de Rosa Luxemburgo sobre la huelga de masas no nos indican ninguna hipótesis estratégica, pero nos ayudan a comprender qué movimiento social se necesita para hacer frente a las relaciones de poder burguesas que “*se reproducen en un millón de formas, cada día y cada hora, en las regularidades automáticas (...) mediante los mecanismos impersonales del mercado y en la opacidad de su formas,*

“...un partido-estratega, comprometido en la incertidumbre de la batalla, inmerso en la inconstancia de las relaciones de fuerzas, obligado a tomar decisiones en forma de apuestas razonadas, sin garantías de verdad científica o histórica...”

mediante el flujo ideológico que brota de incontables canales públicos y privados”. 14

Así, creo yo, hay que interpretar que: “No existe auténtica invención e innovación más que por el rescate de la tradición perdida y el despertar de sus potencialidades adormecidas” (2008-1, pp. 45-46). Palabras que escritas en 1993, en plena tempestad destructiva de las tradiciones revolucionarias, tenían un tono necesario de desafío, pero hoy, cuando ha renacido la “historia profana”, renuevan su sentido.

“¿Hemos perdido nuestras certezas? Sin duda, y sin duda debemos aprender a prescindir de ellas. El resultado de una lucha es por definición incierto. Nunca se gana con antelación. En ella se enfrentan no vocaciones divinas o certezas científicas, sino voluntades y convicciones, expuestas a los ásperos desmen-

tidos de la práctica. Es el destino de toda historia profana” (2008-2, 224). De acuerdo, otra vez. Pero, ¿qué certezas hemos perdido? ¿Tiene fronteras el territorio de la incertidumbre? Son preguntas pertinentes especialmente en una corriente política de larga historia, en la que la idea de un programa intangible se presenta frecuentemente como parte de la identidad colectiva. ¿Situamos pues al programa –en el sentido fuerte del término: “la comprensión común de los objetivos y las tareas revolucionarias” de una etapa histórica– fuera de las incertidumbres? Sí, en sentido muy general. Pero incluso un principio programático básico como: “*la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos*” es bastante misterioso cuando se quiere traducirlo en términos de estrategia.

Más allá de ese sentido general, el programa está en construcción. Y las herramientas para construirlo son la experiencia del movimiento real, la política de la organización revolucionaria y las relaciones y conflictos ente ambas.

4. Precisamente, aquí está el núcleo de la propuesta de Daniel: la incertidumbre es estratégica. Por eso no tiene nada que ver con el eclecticismo, ni con la melancolía pasiva que se satisface con las preguntas sin respuestas. Forma parte por el contrario de las condiciones necesarias para el compromiso militante en nuestra época: “*Tener un horizonte es precisamente estar condenado a elegir entre pistas inciertas que se pierden en él, a decidir entre varios posibles, a comprometerse estratégicamente. Sin garantía sobre el recorrido, ni sobre la meta. Este compromiso sin certeza es un desafío laico en el frente del conflic-*

14/ GERAS, N. Actualidad del pensamiento de Rosa Luxemburgo. México, ERA, 1976 pp. 104-105

to social” (2008-1, 52). Se trata pues de “jugársela sobre lo incierto, con una determinación absoluta, contra la certeza implacable de lo peor que, pese a todo, tenemos que intentar conjurar” (2008-2, 15).

Entonces, ¿qué tipo de partido es capaz de combinar “determinación absoluta” y un “compromiso sin certeza”? Estamos ensayando: hay que seguir con atención las experiencias de las organizaciones revolucionarias con capacidad de incidencia política (el NPA y el Bloco de Esquerda, fundamentalmente); también las de organizaciones que aún no la tienen, sino ocasionalmente (entre otras, Izquierda Anticapitalista en España; Sinistra Critica en Italia). En todo caso, hará falta un nivel muy alto de democracia que permita gestionar los desafíos y los errores, y los debates que originarán, en condiciones que no debiliten el proyecto colectivo.

Un proyecto necesariamente plural y que deberá desarrollarse en condiciones de pluralismo político con otros proyectos de izquierda alternativa: “Podemos renunciar sin pena a esa idea de un partido representante, cuya legitimidad sólo podría establecerse el día improbable del Juicio Final. Pero eso en modo alguno obliga a renunciar también a la idea de un partido-estratega, comprometido en la incertidumbre de la batalla, inmerso en la inconstancia de las relaciones de fuerzas, obligado a tomar decisiones en forma de apuestas razonadas, sin garantías de verdad científica o histórica, ni por supuesto de voluntad divina. En la medida que la relación de este partido con los intereses sociales se hace irreductiblemente problemática, el pluralismo político (pero también la pluralidad de los actores sociales) adquiere una base de principios” (2008-2, 337).

Un proyecto que necesita un tipo de militante que no se corresponde con la mitología heroica. La política revolucionaria tiene que ser una pasión, pero no debe ser la única. “En la pluralidad de los tiempos y de los espacios, el espacio-tiempo de la política es decisivo, pero los sentimientos, la belleza, el pensamiento tienen también sus ritmos propios que no se reducen a él. Lo interesante es circular entre esos espacios” (2008-1, 76). Es “lo interesante”, lo natural, lo humano; también, lo divertido. Necesitamos construir organizaciones no para héroes, sino para gente corriente, rebeldes a ras de calle. Una revolución sólo puede triunfar si la entienden y la hacen suya la gente corriente.

5. La estrategia será determinante para decidir el proceso de reorganización de la izquierda anticapitalista que está en marcha a escala internacional, con expresiones regionales específicas. Es una hipótesis razonable que en cuatro o cinco años, digamos en el período próximo de probable agudización de la crisis capitalista, se modificará radicalmente el mapa político de la izquierda, al menos en Europa. En este viaje arriesgado echaremos de menos enormemente la compañía de Daniel.

Hay dos temas que tienen, a mi parecer, una importancia decisiva en la elaboración estratégica: la política unitaria, en todos sus aspectos, y la reelabora-

“La introducción del concepto de hegemonía modifica la visión de la relación entre el proyecto socialista y las fuerzas sociales susceptibles de realizarlo. Impone renunciar al mito de un gran Sujeto épico de la emancipación...”

ción de objetivos y métodos de transición hacia la lucha por poder. Daniel ha escrito poco y muy en general sobre la transición (por ejemplo, 2008-1, 175-179). Es extraño porque en “*Le pari melancolique*” hay algunas pistas importantes que luego no desarrolló: “*Se trata pues, no de un movimiento social que se profundiza, sino específicamente de una crisis política de la dominación, una crisis del conjunto de las relaciones sociales, cuya forma es la de una “crisis nacional”. ¿Por qué ‘crisis nacional’? Hay que destruir al Estado en tanto que ‘cuerpo separado’. Pero, ¿por qué reemplazarlo? Prácticamente, el doble poder inherente a la situación revolucionaria sólo puede culminar victoriosamente si ciertas funciones vitales (avituallamientos, transportes, seguridad...*”

del viejo aparato de Estado paralizado o parcialmente dislocado son asumidas por órganos nuevos, más democráticos y más eficaces... creaciones originales de la lucha misma, sin norma ni modelo preestablecido” (1997, 79). En realidad, el problema de la transición está antes de la instauración de un “doble poder” (que es, por otra parte, sólo una hipótesis razonable, sobre cuyas características políticas concretas no sabemos nada) y nos exige reflexionar sobre las experiencias de organizaciones y actividades actuales –participativas, autogestionarias, cooperativas...– que cumplan alguna función en ese sentido, aunque sea muy embrionaria y contradictoria, en la frontera de las “ilusiones económicas”. En estos temas, está casi todo el trabajo por hacer.

Daniel tampoco dedicó muchas páginas, pero de gran calidad, a un tema central de la política unitaria, al que voy a referirme para terminar: la conformación de un nuevo bloque histórico a partir de vínculos sociales basados en las relaciones de clase y una articulación política organizada a partir del concepto de hegemonía. Su enfoque permite, al menos, dar cauce a uno de los conflictos más destructivos para la izquierda en los años 90: el justo rechazo por parte de los movimientos sociales a una concepción obrerista/sindicalista del sujeto revolucionario derivó inmediatamente en un rechazo por parte de un sector significativo, si no mayoritario, de esos movimientos hacia las relaciones de clase como vínculo común unificador del proyecto de nuevo bloque histórico antipitalista y, por extensión, al propio objetivo unificador.

En 1993, cuando este debate estaba en un momento especialmente agudo, Daniel hizo una reafirmación de principios sobre la necesidad de una alternativa global al capitalismo que entonces no podía apoyarse en una experiencia práctica consistente: “*si no hay centralidad de la relación de clase sino una*

multiplicidad de conflictos y de agentes yuxtapuestos, deja de haber alternativa de conjunto al orden social realmente existente. El conflicto de clase sigue siendo el vector posible del movimiento de universalización” (2008-1, 63). Posteriormente, a partir de su reflexión crítica sobre el desarrollo del movimiento “altermundialista” y su participación muy activa en los foros sociales, la argumentación pudo basarse en experiencias de búsqueda de una alternativa global y de un tipo de relaciones entre actores sociales que no respondieran a una jerarquía sociológica preestablecida, sino a las conclusiones de las luchas comunes. Las relaciones basadas en la hegemonía permiten una articulación clasista no jerarquizada en “*contradicciones principales y secundarias*” y dejan que la experiencia vaya construyendo las conexiones internas dentro del nuevo “bloque histórico”.

Así, la función confederal de “*las contradicciones sociales inherentes a las relaciones antagónicas entre el capital y el trabajo (...) no implican la subordinación de los diferentes movimientos sociales autónomos a un movimiento obrero en reconstrucción permanente, sino la búsqueda de convergencias en las que el capital mismo es el principio unificador activo*”. La capacidad de convocatoria de los foros sociales a las organizaciones y movimientos sociales más diversos expresaría “*su confrontación común con el despotismo de los mercados y la uniformización mercantil*” (2008-2, 342).

Daniel va a basarse en una reelaboración del concepto gramsciano de hegemonía para enfocar una revisión crítica, y autocrítica, del “obrerismo”, y para orientar la búsqueda de convergencias en condiciones de equivalencia política entre los movimientos sociales: “*La introducción del concepto de hegemonía modifica la visión de la relación entre el proyecto socialista y las fuerzas sociales susceptibles de realizarlo. Impone renunciar al mito de un gran Sujeto épico de la emancipación. Modifica también la concepción de los movimientos sociales. Ya no son movimientos ‘periféricos’, subordinados a la ‘centralidad obrera’, ni paliativos (precariado, proletariado cognitivo) a su eclipse, sino actores por entero, cuyo papel específico depende estrictamente de su lugar en una combinatoria (o ‘articulación hegemónica’) de fuerzas.*” (2008-2, 335).

6. No tenemos experiencias prácticas significativas de esta articulación. El planteamiento de Daniel abre una puerta, pero al traspasarla todo está oscuro. Será necesario alguna forma de “pacto anticapitalista” entre iguales. Pero, por el momento, no es fácil entender cómo puede establecerse una articulación hegemónica entre diferentes actores sociales sin un eje que cumpla un papel equivalente al que en la época anterior correspondió al movimiento obrero. En este sentido, los foros sociales no creo que hayan aportado finalmente nada significativo, pese a las esperanzas que despertaron las “Asamblea de Movimientos Sociales”, especialmente a partir del Foro Europeo de Florencia del año 2002 y su papel en la movilización contra la 2ª guerra de Irak. Por eso son tan

valiosos los proyectos de encuentro (ecosocialismo, ecofeminismo...) y se echan tanto en falta las acciones internacionales comunes y los organismos de cualquier tipo (coordinadoras, redes, campañas,...) con la autoridad y los medios necesarios para ponerlas en marcha.

En realidad, está siendo mucho más difícil de lo que se podía pensar hace dos años la organización de alguna iniciativa internacional frente a la crisis capitalista. El carácter del capital como “*principio unificador activo*” es por el momento sólo un dato objetivo.

No podemos escapar a la melancolía de “*esa apuesta sobre la improbable necesidad de revolucionar el mundo*” (1997, 297).

“*Una revolución en sentido profano,..., una revolución sin mayúsculas, sin mitos, ni fetiches...*” (2008-2, 14). Palabras humildes, que sólo se entienden si se leen apasionadamente. A la manera de Daniel Bensaid. Con la compañía imprescindible de su memoria.

Miguel Romero es el editor de *VIENTO SUR*

[*Este texto es la versión corregida y ampliada de un artículo escrito para el número especial que la revista Lignes www.editions-lignes.com/ va a dedicar a la memoria de Daniel*].

Las citas están tomadas de:

- *Le pari melancolique*. 1997. Fayard
- *Penser, agir*. 2008-1. Lignes
- *Eloge de la politique profane*. 2008-2. Albin Michel.